

RESEÑAS

KRONFELDNER, M. *What's Left of Human Nature? A Post-Essentialist, Pluralist, and Interactive Account of a Contested Concept*. Londres: MIT Press, 2018, 301 pags.

La idea de naturaleza humana es un tópico ampliamente abordado en la discusión contemporánea, ya sea en sus versiones académicas o teóricas más abstractas como en las discusiones de divulgación sobre las tecnologías de “mejoramiento humano” que pueblan los periódicos y revistas. En tanto tópico *mainstream*, el problema de una naturaleza humana conserva una profundidad moral-política muy evidente: funciona no tanto como punto de llegada sino, más bien, como punto de partida para legitimar o prohibir conductas. A nivel histórico sus efectos prácticos han sido visibles desde la consideración aristotélica de los esclavos hasta los autómatas cartesianos, pasando por la disputa de Las Casas y Sepúlveda en torno a la naturaleza de los indígenas. Hoy en día sus efectos son visibles en las discusiones sobre inteligencia artificial o “agencia material” pivotando sobre la diferencia humano/máquina, una distinción que sigue la huella de la discusión humano/animal que formó el eje vertebrador de la antropología filosófica alemana de primera parte de siglo XX.

Este interés por el tópico de la naturaleza humana fue combinándose con un creciente escepticismo durante los últimos cien años. Bajo diversas modalidades –de orientación “antihumanista” hacia mitad del siglo XX, “posthumanista” desde la década de los noventa- la idea de que hay algo así como una “naturaleza humana” sobre la cual tiene sentido aún interrogarse fue debilitándose progresivamente. De este modo, para aquellos que creemos que la antropología filosófica tiene todavía vigencia si se la comprende como un tipo particular de indagación sistemática sobre la naturaleza humana, el libro de María Kronfeldner (investigadora en la Central European University de

Budapest) aporta una genuina bocanada de aire fresco y, al mismo tiempo, un importante conjunto de desafíos conceptuales. Por un lado, su libro revitaliza efectivamente un cierto campo de indagación y, por otro, confirma de facto la irreductible interdisciplinariedad que se requiere para operar dentro de él. Un testimonio de esta interdisciplinariedad se revela en los mismos interlocutores que Kronfeldner propone en sus argumentos, que incluyen estudios biológicos y etológicos, problemas de filosofía de la biología, casos de estudio de ciencias cognitivas, entre otros.

La apuesta de Kronfeldner es elaborar un enfoque sobre la naturaleza humana post-esencialista, pluralista e interactivo. El aspecto postesencialista se relaciona con eliminar el concepto mismo de “esencia” que ha dominado tradicionalmente la discusión sobre naturaleza humana. El pluralismo está relacionado con la afirmación realista de que hay en el mundo distintas cosas que corresponden a tres tipos diferentes de conceptos (postesencialistas) de una “naturaleza”. El rasgo que Kronfeldner denomina “interactivo” implica aceptar que naturaleza y cultura interactúan a distintos niveles (desarrollo, epigénesis y evolución) y que nuestra propia naturaleza es parcialmente modulada a través de los efectos de nuestras prácticas clasificatorias y explicativas.

En este contexto Kronfeldner especifica tres desafíos que enfrenta una teoría postesencialista de la naturaleza humana. El desafío de *deshumanización* es el primero: cómo elaborar una noción de naturaleza humana que no contenga los vicios propios de una teoría que se apoya inadvertidamente en una concepción normativa, que prioriza un prototipo “normal” (habitualmente *W.E.I.R.D.*) para luego “deshumanizar” al resto de los individuos que no encajan precisamente con dicha caracterización -individuos singulares que tienden a perder directamente su estatuto “humano” o bien son reducidos a los márgenes como “menos-que-humano”. Como se habrá notado, este es un desafío de orden político que recorre –desde el inicio de la disciplina- a cualquier indagación filosófica sobre lo humano.

El segundo desafío es el *darwinismo*, en especial en lo concerniente a la tensión que genera con el esencialismo. Las especies biológicas no pueden calificar como “clases naturales” en el mismo sentido en que el oro reviste como una clase química. No hay un conjunto de condiciones necesarias y suficientes para pertenecer a una especie biológica; sólo la relación genealógica (progenitores-descendiente) es la que da cuenta del fenómeno de pertenencia a una especie. De manera que el darwinismo impide, por su propio vocabulario, la legitimación de una idea esencialista de naturaleza humana, lo cual no significa que elimine toda posibilidad de discurso sobre naturaleza humana.

Por último, el paradigma del desarrollo (*development*) -tercer desafío de una teoría de la naturaleza humana- involucra, según Kronfeldner, la tensión

histórica entre *natura* y *nurtura*, una distinción que se corporizó de variadas maneras a lo largo de la historia (*physis/nomos*, natural/cultural, genes/ambiente). La idea fundamental es que hay algunos rasgos humanos que dependen, de manera unilateral, de uno u otro aspecto de esta dicotomía. El prejuicio en juego es que hay dos fenómenos, concretamente dos procesos evolutivos (el biológico y el cultural) que corren por cauces independientes y no se afectan entre sí. Esta lectura ha recibido decisivas críticas durante los últimos treinta años -ya sea desde la literatura antropológica, la epigenética o la biología dialéctica- que han decantado en el denominado “consenso interaccionista”. La idea de “coevolución”, que juega un rol importante también en la actual filosofía de la técnica, da cuenta de este fenómeno en el que la herencia cultural de los recursos de desarrollo de los humanos puede influir en lo que consideramos su “naturaleza”.

La respuesta de Kronfeldner a estos tres desafíos es compleja y no es de ningún modo directa. Por el contrario, requiere un rodeo que consiste en distinguir, con espíritu wittgensteiniano, tres usos de “naturaleza” humana cuyos contenidos no resultan analogables: la naturaleza en sentido *clasificador*, *descriptivo* y *explicativo*. Estos tres usos del concepto revelan territorios de indagación distintos y referentes reales que guardan cierta independencia entre sí: (a) cómo solemos agrupar e identificar conductas y rasgos humanos, (b) qué rasgos o propiedades se manifiestan típicamente en ellos, (c) qué generalizaciones podemos hacer respecto a estos rasgos dada una determinada población. Kronfeldner desarrolla su argumento desplazándose constantemente desde su tópico (reconstrucción de tesis y objetos de investigación sobre naturaleza humana) hacia las condiciones materiales y normativas de enunciación. Es decir, la autora se desplaza (y en eso reside su mayor originalidad y aporte) hacia un metalenguaje, una “teoría sobre las teorías de la naturaleza humana”, sobre cómo son efectivamente las actuales y sobre cómo deberían ser las futuras si deseamos superar los tres desafíos mencionados. Así el texto de Kronfeldner representa aquello que Glock (2012) denomina una “antropología filosófica con perspectiva wittgensteiniana”.

En cierto sentido resulta razonable que una obra tan ambiciosa y extensa como la de Kronfeldner presente algunas inconsistencias y deje algunas cuestiones pendientes, si bien ninguna de ellas logra opacar la validez y originalidad de sus aportes. Entre ellas cabe destacar dos dificultades. La primera es una cierta distinción discutible entre “ambiente” y “cultura” que asume la forma de una distinción entre tres canales de herencia de recursos de desarrollo: (a) naturaleza (transmisión vía reproducción biológica), (b) cultura (aprendizaje social) y (c) factores ecológicos (que no se heredan sino persisten) (pp. 103-104). Esta distinción implica que hay un ámbito de desarrollo ontogénico estructurado dualistamente, con objetos culturales por

un lado y “naturaleza” por el otro, ambos interactuando con las poblaciones de organismos. El hecho de que la herencia cultural es autónoma y se halla desacoplada de la herencia biológica le permite a Kronfeldner confiar en la descomponibilidad de factores biológicos y culturales. Sin embargo, algo que caracteriza a la especie humana es su capacidad para construir nichos naturales-culturales complejos cuyo despliegue evolutivo depende parcialmente de actividades humanas. Esto es, no hay “naturaleza” purificada que resulte reconocible por el hecho de no estar contaminada por intervención humana; hay, más bien, un ambiente sobre cuyos componentes se opera con menor o mayor grado de control. La diferenciación entre *ambiente* y *cultura*, de tal modo, no colabora en absoluto en iluminar la naturaleza de esa interacción; por el contrario funciona, más bien, como un obstáculo.

La otra dificultad, visible especialmente en la última sección del libro, es qué configuración debería asumir exactamente la búsqueda sobre la noción de naturaleza humana una vez que aceptamos el marco postesencialista propuesto por la autora. La salida de Kronfeldner es explícitamente escéptica: debemos evitar a toda costa la terminología asociada a la “naturaleza humana”. En la medida en que este objetivo no resulta –por diversos motivos– completamente alcanzable, Kronfeldner propone una salida menos radical: que cada una de nuestras intervenciones sobre el tópico de la “naturaleza humana” conlleve una especie de prólogo aclaratorio que especifique si nos referimos a (a) un nexo genealógico, (b) una serie de factores explicativos que resulta de especial importancia a fin de explicar por qué las personas son como son, (c) una serie específica de generalizaciones acerca de los humanos, o (d) una subserie de estas generalizaciones establecidas normativamente a nivel social (pp. 238). Aún si aceptamos que se trata de una estrategia wittgensteiniana genuina (tomar al concepto de *human nature* como una mera escalera que usamos y luego podemos tirar), el punto crucial que no queda completamente claro en la última sección de la obra es cuándo efectivamente debemos abstenernos de hablar de naturaleza humana y por qué, aunque sea en una orientación post-esencialista, deberíamos hacerlo. Si bien hay cierta oscilación en el argumento de la autora, este espíritu prudencial parece ser –en definitiva– una de las mayores contribuciones de la autora, sin que tal posición nos obligue a eliminar completamente el concepto en disputa.

Diego Parente
Universidad Nacional de Mar del Plata / CONICET